



## Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

## LA OBRA

**Los Ángeles, 1981.** A sus diecisiete años, Bret está a punto de empezar su último curso de secundaria en Buckley junto a su exclusivo y sofisticado grupo de amigos: Thom, Susan y Debbie, novia de Bret, experimentan con el sexo, el alcohol y las drogas mientras aprovechan los últimos días de verano. Pero este sueño paradisiaco se desmorona con la llegada de un nuevo alumno: Robert Mallory es brillante, guapo y carismático, pero algo en él no encaja, y nadie más que Bret parece darse cuenta de que ese algo podría estar relacionado con la aparición del Arrastrero, un asesino en serie que amenaza a los adolescentes de la ciudad y a sus mascotas.

El autor de *American Psycho* y *Menos que cero* nos brinda un emocionante y provocador viaje a su yo adolescente, un viaje cargado de un insaciable deseo sexual y de celos, obsesión y rabia asesina. *Los destrozos* es una absorbente historia sobre la pérdida de la inocencia y el complicado paso a la vida adulta, y también un vívido y nostálgico retrato de la década de los ochenta; una narración recorrida por el suspense, el terror, el erotismo y el inconfundible humor negro característicos de un autor que es el símbolo de toda una generación. HBO ha adquirido los derechos de la novela para realizar una adaptación televisiva que contará con la dirección de Luca Guadagnino (*Call me by your name*) y al propio Easton Ellis en tareas de guion y de producción ejecutiva.



RANDOM HOUSE

## CLAVES

Desde que a los veintiún años irrumpiera con una propuesta tan fresca y desacomplejada como *Menos que cero*, Bret Easton Ellis se ha convertido en una de las voces más provocadoras, singulares y procaces de la literatura americana, el cronista del lado oscuro de una sociedad entregada al dinero y al hedonismo, cuyo vacío y desnortamiento existenciales conducen con frecuencia a la autodestrucción y a la violencia. De *enfant terrible* a autor de culto y de aquí a la consolidación como referente de una ficción transgresora y controvertida que no deja a nadie indiferente, el escritor vuelve a la novela después de trece años de silencio con *Los destrozados*, recibida unánimemente como una obra maestra.

Aficionado a jugar de una forma original y perversa con su autobiografía —*Menos que cero* no dejaba de ser un reflejo de su adolescencia salvaje o *Lunar Park* lidiaba con las consecuencias de su celebridad temprana—, esta vez coloca un espejo más deformante y perturbador si cabe sobre su propia vida. Mediante un personaje que lleva su nombre y que estudia en el mismo instituto Buckley de Los Ángeles en el que se formó, viajamos al año 1981, donde un grupo de amigos, unidos por los privilegios de clase, encara su graduación. Su cotidianeidad, marcada por las tensiones sentimentales, el sexo desafortunado y las fiestas regadas de alcohol y drogas, se ve alterada por la llegada de un nuevo



RANDOM HOUSE

estudiante que rezuma magnetismo y misterio. A todo esto, la urbe parece poseída por fuerzas oscuras y extrañas, con un asesino en serie, apodado el Arrastrero, secuestrando y asesinando a jóvenes, y una secta de zumbados alterando el orden público de formas desasosegantes. Mientras batalla con una homosexualidad secreta, varios rechazos sentimentales y una primera novela que altera su percepción de la realidad, Bret Ellis se convence de que la última incorporación al grupo es un individuo mentiroso, manipulador y un peligro para la seguridad de todos. Su creciente obsesión derivará en una espiral de paranoia, acoso y violencia.

El autor de *American Psycho* ha cogido la fórmula de la novela de iniciación para infundirla de erotismo y terror, pero también con el objetivo de poner el foco en esa sensación de confusión, zozobra, inseguridad y desorientación que caracterizan a la adolescencia. *Los destrozados* destaca en la creación de atmósferas, desde el miedo y la sospecha, al embotamiento y el desamparo. El mundo físico y el mundo mental parecen ir de la mano en un inquietante proceso de desintegración cuyo único desenlace posible será trágico. Como es característico en Easton Ellis, el libro también constituye un vibrante y pormenorizado retrato de época, unos 80 vistos en gran medida a través de las canciones y las películas que lo definieron, y una exhaustiva cartografía de Los Ángeles, cuyos barrios, autovías y cañones atravesamos una y otra vez a los mandos de coches deportivos, entre la euforia y el escalofrío.

---

## EL OTRO BRET

Parecía difícil que el novelista alumbrara un personaje tan fascinante y carismático como el Parick Bateman de *American Psycho*, pero su doble maligno está ahí disputándole la corona. Bret tiene diecisiete años, asiste a un instituto exclusivo y sus padres están de viaje, por lo que la única compañía en casa es la de la criada nicaragüense y el perro. Vive su homosexualidad como un conflicto, deseando a hombres que no puede tener y flirteando con otros que no quieren ir más allá, lo abandonan o lo utilizan. Enamorado de un amigo heterosexual y novio de una compañera para cubrir las apariencias, su mente fantasiosa —a fin de cuentas, su gran sueño es dedicarse a la escritura— descarrilará en una mezcla de paranoia, miedo, soledad y deseos insatisfechos.

Al protagonista lo secunda un grupo de niños pijos, entregados a una vida de privilegios y vicios, entre los que destaca Robert Mallory, el chico nuevo, guapo, atlético y carismático, pero con episodios turbios a sus espaldas. La atribulada mente de Bret será incapaz de desligarlo de la figura del Arrastrero, el asesino en serie ritualista que parece tener a su círculo íntimo en su punto de mira, pese a que nadie más que él parezca advertirlo. La desconfianza, la frustración y la rabia que le provocan sus allegados tendrán consecuencias funestas.

---

## EL GRUPO

«Algunos estudiantes eran más atractivos, unos cuantos eran más carismáticos



RANDOM HOUSE

y atléticos, había unos pocos que tenían padres famosos o con más dinero que el resto, lo cual añadía una especie de caché, pero los uniformes que llevábamos todos disuadían de la idea de que uno fuese «mejor» o «distinto» a los demás —ya habría tiempo de lidiar con esa injusticia después de graduarte, en la universidad, en el mundo real—, y la quietud del campus contribuía a esa noción que se suponía que debía protegernos. El hecho de que el número de alumnos por curso fuese reducido —solo sesenta y ninguna clase con más de catorce chicos— también hacía desistir de cualquier tipo de competición de popularidad: la posibilidad de alardear o enaltecer a alguien quedaba minimizada por las normas y la estructura del colegio. Y aun así era inevitable que algunos alumnos cautivasen la imaginación del cuerpo estudiantil más que otros: Susan Reynolds y Debbie Schaffer evidentemente por su aspecto, y Thom Wright era nuestro rey por su atractivo, su destreza atlética y su carácter afable y campechano, y aunque esa popularidad, esa noción de poder dentro del instituto, probablemente le importaba más a Debbie Schaffer que a ningún otro —la exclusividad le ponía mucho—, supongo que Thom y Susan estaban tan acostumbrados a su estatus que no conocían otra cosa, que lo daban por sentado, como un derecho propio, y ni siquiera necesitaban esforzarse, totalmente ajenos a que la gente fantaseaba con ellos. Mi popularidad, como alguien que no formaba parte de equipos deportivos y evitaba las actividades extracurriculares, iba ligada a ser el amigo más íntimo de Thom y Susan, ese era mi dis-

tintivo, así era como me veían, el compinche, el acoplado, era famoso por mi estrecha proximidad a ellos».

---

## BRET

«Mi madre conducía un Jaguar XJ6 verde espuma de mar y mi padre había dejado su 450SL color crema cuando se separaron y él se mudó a Mountaingate, una urbanización vallada por encima de la autopista 405 con entrada en la sección desierta de Sepulveda, no muy lejos de la casa de Mulholland, y hacía poco se había comprado un Ferrari plateado. Yo ya no conducía el 450SEL verde de cuatro puertas y me había adueñado del SL, un dos puertas de aspecto deportivo con interior en tonos castaños, y empecé a utilizarlo cuando mis padres se marcharon a Europa la semana anterior. Un chico de diecisiete años (cumpliría los dieciocho en marzo) circulando por Mulholland en un Mercedes descapotable vestido con uniforme de colegio privado y con las Wayfarer puestas constituye una estampa de cierto momento imperial del que, a veces, era autoconsciente: ¿Parezco un gilipollas?, me preguntaba en un momento, y al siguiente pensaba: Tengo una pinta tan fabulosa que me da lo mismo. El “Call Me” de Blondie sonando en una cinta recopilatoria remataba mi momento American Gigolo mientras me dirigía a Buckley, aunque toda aquella emoción se vio un tanto mermada porque pronto me vi atrapado en un atasco de tráfico que se extendía a lo largo de Beverly Glen en dirección al Valle de San Fernando. Normalmente tomaba Woo-



RANDOM HOUSE

dcliff hacia Valley Vista, pero aquel primer día fui por Mulholland hasta Beverly porque quería dejarme ver... y ahora estaba sufriendo las consecuencias».

---

## ROBERT

«Lo primero que vi: náuticos sin calcetines. Y cuando levanté la mirada, la pregunta que me hice fue: ¿Cómo podían ser las facciones de Robert Mallory, su mandíbula, sus pómulos, más atractivos que los de Thom? ¿Por qué de pronto Robert Mallory era mucho más sexy que cualquiera a pesar de que, al igual que Thom y Ryan, era el típico tío bueno americano que parecía sacado de una película o de las páginas de una revista de moda? Quizá, pensé, era porque conocía a Thom y Ryan desde hacía cinco años y estaba acostumbrado a su aspecto, y Robert Mallory era una presencia nueva: apareció de repente de la nada y por eso me produjo aquella impresión sísmica.

Robert medía algo más de metro ochenta y su manera de llevar el uniforme de Buckley —todas las prendas parecían de una talla menos— exageraba la amplitud de sus hombros y la estrechez de su cintura; tenía el pelo rubio ceniza, corto, con raya en medio, escalado hacia atrás, al estilo de tantos chicos de

Buckley por aquella época; los ojos eran marrones y almendrados, de largas pestañas con cejas pobladas; tenía una nariz clásica aguileña, con una pequeña curvatura en la parte superior que le confería un plus de perfección; los labios eran rosados y carnosos, una boca en la que tenías que fijarte y detenerte; tenía una leve hendidura en la barbilla, y la piel bronceada y suave, sin marcas de acné; las mejillas levísimamente hundidas, y cuando sonreía se le formaban hoyuelos. Había aprovechado su estatus de estudiante de último año para modificar su uniforme: además de los náuticos sin calcetines, prescindía de la americana, llevaba la corbata aflojada y la camisa blanca (Ralph Lauren, con el poni de polo en el pecho, típica de los chicos de Buckley) remangada, dejando al descubierto unos antebrazos morenos casi lampiños y algo venenosos. Desprendía un leve olor: era jabón, o loción, o champú, provenía de algún lugar de su pelo, de su cuerpo, de su piel. Era cedro, sándalo, como si acabase de atravesar un bosque de cítricos. El aroma tenía también un punto ahumado, una hoguera serena en una playa desierta, el aire salino mezclándose con las llamas evanescentes. O así es como lo recuerdo. Era, al igual que Thom y Ryan, una estrella de cine, un afable dios griego».



RANDOM HOUSE

## TEMAS PRINCIPALES

### UNA ATMÓSFERA OMINOSA

«Si la primavera y el verano de 1981 habían supuesto el sueño, algo paradisíaco, entonces septiembre representó el final de ese sueño con la llegada de Robert Mallory; ahora flotaba la sensación de algo más cerniéndose, se revelaban oscuros patrones y empezábamos a percibir cosas por primera vez: una señal que no habíamos oído hasta entonces comenzó a llamarnos. No quiero establecer una conexión directa entre ciertos sucesos y la llegada de Robert Mallory en septiembre de 1981 después de aquel verano paradisíaco, pero resulta que coincidió con una especie de locura que descendió lentamente sobre la ciudad. Era como si otro mundo se estuviese anunciando, pintando de un color más oscuro el universo que de forma segura todos habíamos dado por sentado hasta entonces. Por ejemplo, aquella fue una temporada en la que las casas de ciertos barrios se convirtieron en objetivos vigilados por miembros de una secta cuyo propósito era difícil de dilucidar, el hippy pálido

que merodeaba al principio del camino de entrada a tu casa farfullando para sus adentros, interrumpiendo su deambular con unos pasitos de baile, y después, hacia diciembre, hubo casos de explosivos plásticos plantados por toda la ciudad por la secta a la que pertenecían los hippies. De pronto teníamos a un francotirador en el tejado de unos grandes almacenes de Beverly Hills la noche antes de Acción de Gracias, y una amenaza de bomba que vació el restaurante Chasen's la noche de Navidad. De repente oímos hablar de un adolescente que se había convencido de estar poseído por un «demonio satánico» en Pacific Palisades y del elaborado exorcismo realizado por dos sacerdotes para librarlo del demonio, que estuvo a punto de matarlo: el chico sangró por los ojos y se quedó sordo de un oído, desarrolló pancreatitis y le rompieron cuatro costillas durante el ritual.

De repente el estudiante de la UCLA enterrado vivo por una broma de cinco compañeros puestos hasta arriba de polvo de ángel en una fiesta de la fraternidad que según comentó un testigo “se les



había ido un poco de las manos”, y que casi no lo cuenta, terminó en coma en una oscura habitación de uno de los edificios del Medical Plaza. De repente había infestaciones de arañas que florecían en cualquier parte de la ciudad. La historia más estafalaria de aquel otoño tenía que ver con una mutación, un monstruo, un pez del tamaño de un coche pequeño sacado del mar en Malibú, con la piel blanquigrís y enormes pegotes de escamas de un naranja plateado por todo el cuerpo, y aunque tenía mandíbulas de tiburón para nada lo era, y cuando los pescadores abrieron aquella cosa encontraron los cuerpos de dos perros perdidos engullidos enteros. Y luego, por supuesto, estaba el Arrastrero, que empezaba a anunciar su existencia».

---

### PARANOIA Y AMENAZA

«De repente me entró la paranoia, incluso me asusté, por lo indefenso que estaba allí en la casa vacía de Mulholland. Encendí todas las luces como una suerte de advertencia al intruso, convencido de que se acercaba, con su pasamontañas y el cuchillo de carnicero en la mano enguantada, y que me ataría con cuerdas y sacrificaría a Shingy, y me pregunté qué habría hecho Matt Kellner si fuese de nuevo a Encino y le preguntase si podía quedarme a pasar la noche allí. Shingy no quería salir. Seguramente oía el débil aullido de los coyotes, que parecía más cercano de lo habitual, y por eso temblaba un poco, acurrucado en su almohadón en la cocina, y yo seguí pensando que había oído a alguien en el patio y, envalentona-

do por el Valium que me había tomado, salí a la terraza, desde donde escudriñé el patio y la piscina azul iluminada y oí a los coyotes merodeando por los cañones en plena caza nocturna, pero no vi nada. La idea del Arrastrero continuaba acosándome vagamente, así que comprobé que todas las puertas estuviesen cerradas y la alarma puesta. No podía negarlo: la atmósfera parecía cargada, incluso electrizada, y aunque en el exterior hiciese buena temperatura aquella última noche de verano, me descubrí temblando de nuevo, escrutando la oscuridad desde la terraza, con expectación, con temor, con la promesa del miedo cumplida. Quería relajarme en el jacuzzi pero me daba demasiado miedo estar allí fuera solo, así que me tomé otro Valium y me tumbé en la cama. No lograba sacudirme de encima aquella sensación: algo había venido a la ciudad, había llegado una presencia, y todo eso lo había activado no solo la linterna solitaria en los terrenos de Buckley, sino también la mención de un alumno nuevo en clase, alguien que iba a unirse a nosotros y a participar en nuestros rituales y juegos, nuestros secretos y evasiones, los dramas de baja intensidad y las mentiras turbias».

---

### SEXUALIDAD CLANDESTINA

«Pese a la intensidad del sexo y al hecho de que pudiésemos follar dos o incluso tres veces en una misma tarde, en el fondo no había mucho más a lo que agarrarse, ninguna base sobre la que construir una amistad, y ni siquiera tengo claro, como he dicho, que Matt Kellner fuese



RANDOM HOUSE



realmente gay, o tan solo un adolescente tremendamente cachondo capaz de tirarse a lo primero que se le pusiera a tiro. Pero no me importaba, y quizá hasta prefiriera la ambigüedad: no había significantes gais, como no los había con Ryan Vaughn —a todos se nos daba bien mantener una pose—, y tampoco los había de macho, simplemente era algo más natural y juvenil que todo eso. Susan Reynolds debió de ser la única que supo lo de Matt; no es que preguntase nada en concreto, pero siempre que aludía a él lo hacía con un aire vagamente burlón, como si contase con cierta información que no deseaba revelar. Lo único que sabía era que yo tenía una «amistad» con Matt (las comillas eran suyas), pero nadie más que yo conociese me preguntó jamás nada sobre él, así que parecía que a nadie le importaba que él y yo quedásemos a menudo en la casita de la piscina de Encino. A lo mejor nadie preguntaba porque Matt y yo no interactuábamos en el colegio durante aquel tercer año; nos saludábamos con un gesto en el pasillo junto a las taquillas, o igual con media sonrisa si coincidíamos en clase, o cruzábamos miradas durante la asamblea o en el aparcamiento, pero rara vez se nos veía juntos en público, nunca fuimos a un restaurante ni a ver una película. No parecía que Matt alternase con nadie, y empecé a comprender que él lo prefería así; no se sentía abrumado por la soledad, la incertidumbre o la inseguridad: sencillamente estaba en otro planeta. Yo quería acceder a un mundo más popular, un mundo que a Matt no le importaba, y quedar con él, y solo con él, no iba a contribuir en nada a mis ambiciones

para aquel último curso, de manera que me fui alejando. A nivel sexual me parecía sexy como una estrella porno, pero no me enamoré de él en ningún momento, por lo menos no como acabé enamorándome, por un breve tiempo, de Ryan; Matt se convirtió en un problema insatisfactorio que no merecía la pena. Nadar con Matt en la piscina de detrás de la mansión de Haskell Avenue y luego entrar a trompicones en la casa de invitados chorreando y cerrar la puerta tras nosotros y ponernos a follar a la luz del acuario, nuestros cuerpos teñidos de azul mientras nos tumbábamos en su cama y nos sincronizábamos para correrlos a la vez... aquellas fueron tardes que me parecieron terriblemente eróticas hasta que dejaron de parecérmelo».

---

## EL ARRASTRERO

«Cuando echo la mirada atrás al periodo entre 1980 y el otoño de 1981, aún no creíamos saber nada del Arrastrero: es decir, no sabíamos su nombre ni por qué se lo habían puesto, no sabíamos cuál era su historia ni que iría a más y asesinaría a otras tres personas aquel otoño en L.A., a una de las cuales conocíamos. Pero desde comienzos de 1980 hubo numerosas señales, pistas, que eran parte auténtica y legítima de lo que se convertiría en el patrón del Arrastrero, del relato que estaba construyendo, la historia que quería contar, una historia que ya conocíamos. Más adelante se confirmó que había señales de advertencia explícitas cuando el Arrastrero había escogido a alguien como objetivo, pero en aquellos prime-



RANDOM HOUSE

ros días nadie lo sabía aún: no se habían establecido conexiones.

Desde comienzos de 1980 empezaron a darse una serie de allanamientos de morada con violencia por las colinas que se alzan sobre el Valle de San Fernando. No seguían un patrón —parejas jóvenes, parejas mayores, un guionista soltero, una mujer que vivía sola, familias donde había tanto hijas como hijos adolescentes—, y aunque las chicas terminaron siendo las víctimas preferidas del Arrastrero, inicialmente los chicos también fueron agredidos durante aquellos allanamientos, y más adelante también mataría a uno. Los allanamientos de los que nos enteramos y sobre los que leímos en la primavera, el verano y principios de otoño de 1980 parecían completamente aleatorios: como las víctimas de las agresiones no conformaban un tipo específico —el género y la edad parecían irrelevantes, eran tanto chicas como chicos—, en realidad no había dónde esconderse, ni manera de protegerse contra aquella persona que estaba cometiéndolas, todo el mundo era vulnerable. Al final la gente empezó a atar cabos y dedujo que una de las pistas vinculadas al Arrastrero (insisto, aún sin nombre) tenía que ver con los animales. El Arrastrero se centraba en alguien cuya familia tuviese mascotas, o la víctima misma los tenía (y daba lo mismo que fuese un perro, un gato, un pájaro, en una ocasión una serpiente, ratones, un conejo, una cobaya), y el animal desaparecía, y no solo la mascota de la víctima, sino que también desaparecían otras mascotas del barrio donde residía la víctima como preámbulo al allanamiento en sí.

Antes de cometer sus asaltos, a menudo tres animales del mismo vecindario eran sacrificados por el Arrastrero, y no fue hasta finales de otoño de 1981 cuando supimos el motivo: lo que acababa haciendo con sus cadáveres y por qué los necesitaba».

---

## NOSTALGIA OCHENTERA

«Los chicos empezábamos la jornada comiendo en algún lugar a mediodía; uno de nuestros sitios preferidos era el Yesterdays y el sándwich Monte Cristo que servían, o bajábamos en el ascensor a pie de calle hasta el Good Earth, un exclusivo restaurante de comida sana muy de moda, donde bebíamos unos vasos gigantes de té helado aromatizado con canela y comíamos ensaladas, o nos embutíamos en uno de los reservados rojos del Hamburger Hamlet para comer sándwiches de carne en pan de centeno tras comprar las entradas para la siguiente película en el Bruin, contiguo a Weyburn. La cena era a veces en el Chart House o en el italiano de la vieja escuela Mario's, y entremedias íbamos a la sala de recreativos Westworld para jugar al "Space Invaders" y al "Pac-Man", o rebuscábamos en el Postermat mientras atronaban las bandas de chicas sesenteras, o buscábamos música nueva en Tower Records o en la Wherehouse, u hojeábamos libros de bolsillo en cualquiera de las enormes librerías que salpicaban las calles (en 1981 había cinco o seis, hoy no queda ninguna). La noche terminaba en Ships, una cafetería retro en Wilshire, situada en la frontera de Westwood Village, con



RANDOM HOUSE

un tejado en forma de bumerán y un letrero de neón atómico, donde pedíamos Coca-Colas, batidos de vainilla y fumábamos cigarrillos de clavo, con ceniceros y una tostadora en cada mesa, y allí nos quedábamos hasta pasada la medianoche. Aprovechábamos de forma tentativa aquella libertad recién estrenada que se había abierto para nosotros, activando algo en nuestro grupo que nos hacía querer convertirnos rápidamente en adultos y dejar atrás lo que ahora nos parecía el opresivo mundo de la infancia. “Time for me to fly...”»

---

## SURCANDO LOS ÁNGELES

«Tras sacarme el carnet de conducir no era raro que a las siete de la tarde de un miércoles, después de echar un vistazo a los deberes, decidiese conducir desde Mulholland hasta West Hollywood para ir a ver a la formación original de los Psychedelic Furs en el Whisky sin pedirle permiso a mi madre (a esas alturas de 1980, mis padres estaban separados), porque aquello se había convertido en una salida nocturna entre semana habitual (...) Después volvía por los cañones, recorría Mulholland —todo estaba desierto, yo iba colocado, fumándome un cigarrillo de clavo—, descendía Laurel Canyon y pasaba por los barrios que se extendían por encima de Ventura Boulevard: empezaba en Studio City y me deslizaba despacio a través de Sherman Oaks en la oscuridad por todo Valley

Vista hasta llegar a Encino y luego, tras dejarlo atrás, a Tarzana, conduciendo sin rumbo junto a las casas a oscuras que ribeteaban los barrios residenciales, escuchando a los Kings hasta que llegaba la hora de volver a Mulholland. Tomaba Ventura Boulevard o la 101 y en Van Nuys subía por Beverly Glen, y en ocasiones, de camino a casa, vislumbraba el destello verde de los ojos de los coyotes ante el resplandor de los faros cuando miraban el Mercedes al cruzar Mulholland —a veces en manadas—, y entonces tenía que frenar el coche y esperar a que pasaran acechantes».

---

## PLAYLIST

Una pequeña muestra del amplísimo repertorio de canciones que jalonan la novela, contribuyendo a fijar la época y traducir el estado emocional de los personajes.

*You May Be Right*, Billy Joel  
*Time for Me to Fly*, REO Speedwagon  
*I Got You*, Splitz Enz  
*Video Killed the Radio Star*, Buggles  
*We Live for Love*, Pat Betanar  
*Our Lips are Sealed*, Go-Go's  
*No Holding Back*, Graham Parker  
*Don't Touch Me There*, Tubes  
*Mercury Blues*, David Lindley  
*Somebody Got Murdered*, The Clash  
*Rapture*, Blondie  
*Girls on Film*, Duran Duran  
*Losing My Religion*, REM



RANDOM HOUSE

## PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. ¿Qué efectos creéis que tiene sobre el lector que el narrador se presente con el nombre del autor y que se deslicen datos reales de su biografía?
2. ¿Por qué se califica *Los destrozos* de «novela de iniciación»? ¿Qué la singulariza respecto a otras obras enmarcables en el mismo género?
3. Señalad algunos ejemplos de cómo se las ingenia el novelista para generar en todo momento una sensación de inquietud y amenaza.
4. ¿Hasta qué punto diríais que la novela es un análisis de la mente de un escritor, de la fantasía como elemento distorsionador de la realidad?
5. ¿Qué recursos emplea el autor para contagiar al lector la obsesión y la paranoia crecientes que afectan al protagonista?
6. Debatid si creéis que se produce algún tipo de enjuiciamiento moral de los personajes.
7. ¿Qué actitudes, comportamientos, costumbres y prácticas del año 1981 resultan más sorprendentes a un lector de hoy en día?
8. ¿Qué diríais que impulsó a Bret Easton Ellis a titular su novela *Los destrozos*?
9. Easton Ellis ha puesto el acento en la nostalgia como uno de los motores del libro. ¿Veis reflejada esta voluntad en sus páginas? En caso afirmativo, señalad algunos ejemplos.



10. «Embotamiento» es probablemente la palabra que más se repite a lo largo del libro. ¿A qué creéis que se debe?
11. ¿A qué achacáis la exhaustividad de canciones y películas listadas a lo largo del libro? ¿Qué efecto consigue?
12. ¿A qué elementos recurrentes de la figura del asesino en serie —psicología, métodos, objetivos...— acude el novelista?
13. Debatid si el nivel de violencia y lo explícito de las escenas sexuales puede responder a una voluntad provocadora o desafiante por parte del autor.
14. Vinculad la visión de Los Ángeles, entre lo edénico y lo pesadillesco, con otras ficciones ambientadas en la urbe.
15. *Los destrozos* vuelve a escenarios y tipos de *Menos que cero*. Si habéis leído ambas obras, ¿qué paralelismos y evoluciones detectáis?



## EL AUTOR



**BRET EASTON ELLIS** nació en Los Ángeles en 1964. Al acabar el instituto, decidió abandonar el Oeste y viajar a Nueva Inglaterra para estudiar en la Universidad de Bennington. Alentado por sus profesores, durante su último año de universidad, Ellis completó la que sería su primera novela, *Menos que cero* (Literatura Random House, 2010; el título está inspirado en una canción de Elvis Costello), que cosechó el aplauso de la

crítica y se convirtió en libro de culto. Cuando en 1992 publicó *American Psycho*, el retrato de un ejecutivo psicópata, se confirmó que había nacido una estrella. También es autor de *Las leyes de la atracción* (2002), *Los confidentes* (1994), *Glamourama* (1999), *Lunar Park* (Random House, 2006), *Suites imperiales* (Random House, 2010), *Blanco* (Random House, 2020) y *Los destrozos* (Random House, 2023).



RANDOM HOUSE

## DECLARACIONES DEL AUTOR

«Nunca volví a ser el mismo después de 1981 —nunca hubo un periodo de recuperación, y ahora puedo señalar el momento en que fui feliz por última vez, o más concretamente el momento en que se dieron los últimos vestigios de felicidad, incluso de calidez, antes de precipitarme en el terror y la paranoia y empezar a comprender cómo operaba de verdad el mundo adulto por contraposición a mis fantasías adolescentes».

«Conocía los pormenores del libro desde el principio, el desafío radicaba en saber cómo debía contarlo, para lo que necesité hacerme mayor. Llevaba dándole vueltas desde mi primer intento de abordarlo, que se remonta a 1982, por lo que cuando prendió la chispa, una noche de

abril del año 2020, escribí catorce páginas en un solo día y necesité apenas un año y medio para completar el resto».

«Conseguí darle una inmediatez al proyecto que no había sido capaz de hallar en cuarenta años. Lo cierto es que no me detuve a pensar, “oh, voy a realizar una obra de autoficción”. Me empujó el simple anhelo de escribir sobre algunos de mis compañeros de instituto y la nostalgia que sentía respecto a un periodo de mi vida que también tuvo un componente extremadamente doloroso. Cumplidos los 58 años, quise mirar atrás a aquel chaval de 1981, un año que lo cambió todo para mí, y escribir sobre ese momento y sobre gente a la que quiero, sin ningún tipo de pudor».



RANDOM HOUSE

«Mientras que *Menos que cero* contenía ese tipo de moralismo que un chaval de diecinueve o veinte años que se las da de sofisticado aplica sobre todo el mundo, resultado de ir sobrado de amor propio, en *Los destrozos* no pretendía satirizar los ambientes del joven Bret sino describirlos tal y como los recordaba y los sentía. Por suerte uno madura como persona y escritor».

«Picador, el sello con el que llevaba veintiún años publicando y el único que no me abandonó tras la controversia de *American Psycho*, no quiso sacar *Los destrozos*, algo se torció. Me hicieron una oferta ridícula y mi agencia deci-

dió arriesgar, aceptando un acuerdo con Swift Press, que se apartaba de lo convencional. Existe esta noción anticuada en el mundo editorial tradicional: “¡Dad un adelanto enorme! ¡No lo recuperéis jamás! ¡Promocionad un libro que no hará que nadie gane dinero una vez se afloje semejante anticipo!”. ¿Por qué no buscar una alianza con una editorial, no aceptar un adelanto y trabajar codo con codo en la promoción del libro?»

«Soy el escritor americano de mi generación que peores críticas recibe. Es un hecho. Si puedes encontrar algún otro, por favor señálame. Y no me digas Chuck Palahniuk porque sé bien que no lo es».

(Declaraciones extraídas del diario *The Guardian*)



RANDOM HOUSE



## LA CRÍTICA HA DICHO

«Ellis ejecuta otra Gran Novela Americana. Es decir: ha hecho otra de las suyas. Y la tan terrorífica como adictiva *Los destrozos* no solo reconstruye y resignifica magníficamente todo lo que ha escrito Ellis hasta ahora, sino que además, revisitando sus orígenes, lo vuelve aún más potente y admirable. Una obra maestra de la iniciación terminal en una ciudad que no debería llamarse Los Ángeles sino Los Demonios».

Rodrigo Fresán

«Un juego de espejos brillante, elegante y demoníaco que te mantiene en vilo hasta el final. El mejor libro de Bret Easton Ellis, el que estábamos esperando, el que nos debía. Una obra maestra».

Lucía Lijtmaer

«La espera ha merecido la pena. [...] *Los destrozos* es un incuestionable recordatorio de que el autor de *American Psycho* es un género en sí mismo».

Gabino Iglesias, NPR

«*Los destrozos* no es solo la mejor novela de Ellis desde los noventa, es también un triunfo en todos los sentidos: incorpora y subvierte todo lo que ha hecho antes».

Sam Byers, *The Guardian*

«Sensacionalista, macabra, violenta, explícita, ambigua, fresca, divertida, triste y extraña. [...] Si te gustan las novelas de Bret Easton Ellis, te encantará esta».

Alex Bilmes, *Esquire*

«El libro más sexy de Ellis, y se percibe en el escritor una nueva libertad en cuanto al amor, el erotismo y la sensibilidad».

Melissa Broder, *The New York Times*

«Un sueño febril de los años ochenta, nostálgico, lujurioso y eufórico, así como un acto de amor para la conservación de la cultura pop. Qué maravilla descubrir que *Los destrozos* es tan vital como cualquier otra cosa que haya escrito».

Rob Doyle, *The Observer*



RANDOM HOUSE

«Tan astuto como inquietante, *Los destrozados* ofrece un juego ambiguo entre la sinceridad y la desconfianza».

*The Wall Street Journal*

«Su narrador adolescente es perversamente cautivador... Aquí encontrarán, sin duda alguna, una historia de terror de los 80».

*Air Mail*

«Una obra de terror erótico sorprendentemente seductora».

*Kirkus*

«Te deja sin aliento... una lectura compulsive teñida de suspense (...) A ratos horripilante, a otros nostálgico e incluso conmovedor, lo último de Ellis es un éxito rotundo».

*Booklist*

«Ellis es todo un artesano literario y en su último libro se percibe una nueva vulnerabilidad, invitando al lector a una inmersión más profunda en las emociones de su protagonista respecto a sus anteriores trabajos».

*The New York Times Book Review*

